

elegantes, cuando al terminar una fiesta y despedirse de sus amigos, desfilan silenciosos rumbo á su casa, mascullando tal vez la última felicidad, ó abrumados por la realidad triste y atormentadora que se avecina.

Andan calles y calles: llegan á los barrios sin luz y sin empedrado, en que las casucas pobres y destartaladas parecen asorarse con el paso de aquel caballero tan elegante; sus chocos relucientes de charol, se empolvan en la tierra suelta de aquellas callejuelas abandonadas.

Por fin se detienen frente a una casuca miserable, cuya puerta carcomida y vieja suena con la mano.

Al momento se abre: una pobre vieja, casi andrajosa, encorvada por los años, ha retirado la *tranca* que la cerraba y lo recibe con una mezcla de cariño y respeto: sin atreverse a abrazarlo por temor de ensuciar su traje, y sintiendo acá, en lo íntimo, esa satisfacción de la madre que contempla á su hijo elegante y bello.

El elegante se introduce cuidando de no ensuciarse.

Se desnuda con un cuidado exquisito, doblando con cariño aquel vestido, al que debe tantas felicidades! La vela de sebo arde ahí sobre un cajón vacío de almidón, que funge de buró, iluminando aquella infame pocilga.

Apaga la luz y ahí, en medio de tanta miseria y de tanta pobreza, sueña con sus amigos *los ricos*, á los que habla de tú: con las señoritas elegantes, á quienes habla de amores; con los salones lujosos donde se desliza muellemente.

A la mañana siguiente se despierta para irse al trabajo y su madre le dice:

—Hijo, á ver si me das para comprarme un zarape: mira que van á entrar los fríos.

Y él contesta:

—Sí: nomás que acabe de pagar el traje de etiqueta que mandé hacer para el baile del Club.

¡Un! Por esto, cuando miro á esos elegantes sin fortuna, á esos advenedizos de los salones, no puedo menos que pensar en la infame pocilga donde pasan la vida y en la pobre anciana, triste y encorbada, en la infeliz madre que tiritaba de frío, mientras ellos, elegantes y perfumados, sonríen felices en los salones deslumbrantes!



## SERMON CUARESIMAL

*La Coquetería*

Señoras mías:

Sin duda que en los diez mandamientos de la Ley de Dios, no se encuentra ninguno que diga: "*no coqueteareis*." Lo cual no obsta para que la *coquetería* sea un pecado, cuando no vá dirigida convenientemente.

Creo, señoras mías, que no necesito deciros lo que es *coquetería*, porque ninguna de vosotras ha de ignorarlo: es el arte de embaucar tarugos: es la ciencia de decir "*ámame*" sin necesidad de pronunciar esa palabra y muchas veces sin siquiera despegar los frescos y purpurinos labios!

Los cómplices principales de la *coquetería* son los ojos. Hay entre vosotras, mujeres que hablan más con los negros ojos que con los rojos labios.

Cuando una novia está viendo á su novio y cierra los ojos muchas veces, seguiditas, quiere decir: "*Ven... arrímate más*"

Si entrecierra los ojillos como si estuviera encandilada y al mismo tiempo frunce los labios, significa: "*Estás muy lindo y te quiero mucho*."

Si al estar oyendo un sermón—cosa que sentiría mucho que pasara ahora,—ella le cierra un ojo al novio, es como si le dijera: "*No lo creas, son puras mentiras*."

Por último, si ella frunce el entrecejo y lo mira desde las zuelas de los zapatos hasta la coronilla de la cabeza, quiere decir: "*Quítateme de enfrente. Estoy muy enojada. No quiero ni verte*." Pero si en seguida lo ve con dulzura le quiere decir: "*Anda á la noche para que me contentes!*"

Todo esto lo sabeis vosotras, señoras mías, mucho mejor que yo. Los ojos hablan tanto como los labios y unos y otros no saben decir sino mentiras... dicho sea sin intención de lastimarnos!

Además de los ojos, las sonrisas graciosas, las manos blancas y hasta las pantorrillas más ó menos mórbidas son cómplices muy eficaces de la *coquetería*.

La *coquetería* se divide en dos clases: la *solteril* y la *conyugal*.

Por ahora quiero hablaros de la *coquetería conyugal*, ó sea



de la que deben gastar las que, como vosotras, tienen un marido á quien querer y una familia á quien cuidar.

La *coquetería conyugal* puede ser de puertas afuera ó de puertas adentro. La primera se llama *desfachatez*.

Hoy hablaremos de la segunda: de la *coquetería* que debe gastar una señora como vosotras, para mantener vivo el fuego del cariño, que es la fuente de la felicidad conyugal, sin empalagar al marido y sin ofender á Dios!

La generalidad de las mujeres, señoras mías, en cuanto se casan, se vuelven hediondas, desgredadas y mal fajadas.

Porque se hacen esta reflexión: "Al cabo ya lo tengo seguro."

Estais en un error: lo teneis seguro, baja el mismo techo; pero no dentro de vuestro corazón, porque éste no puede tener más cerrojo que el amor....! Y esta prisión, y no la primera, es la que debe preocuparos!

Y yo os pregunto, señoras: ¿cómo es más difícil complacer á un paladar exigente: sirviéndole á diario diferentes manjares ó teniendo que aderezarle siempre el mismo, con diferentes guisos y condimentos....?

Pues bien: en la vida conyugal, el manjar es siempre el mismo, el cual debéis condimentar con la ensalada, más ó menos sabrosa, de la *coquetería conyugal*.

Guardad siempre en el corazón una nueva sorpresa de cariño. Pensad siempre qué listón debereis poner: qué riso os sienta bien: que traje os hace más simpáticas, para merecer una mirada de amor—que son ¡ay! tan raras en el matrimonio,—de vuestro sempiterno marido!

La mujer limpia, perfumada, peinada con gracia, vestida con decencia, es por fuerza, más feliz, que la cuachalota y sucia!

Sed coquetas con vuestros maridos: sacad del baúl de los recuerdos, las viejas coqueterías con que embaucábais novios cuando los quince abriles!

No sabeis cuantas enemigas os disputarán el cariño de vuestro marido: por lo mismo, pensad siempre en ese ejército invisible, y procurad cautivarlo.

Poned coquetería en vuestra persona: en vuestras palabras, en vuestros mimos y en vuestra casa.

Haced que las macetas estén siempre llenas de flores.

Que los canarios canten alegremente cuando él llegue de su trabajo.

Que todo lo encuentre limpio, alegre, con la sonrisa perenne de la felicidad....

Si así lo hicieréis, contad con que seréis dueñas de su corazón, y la dicha y la alegría reinarán en vuestras casas.

Como á todas os lo deseo....

## SERMON CUARESIMAL.

*Los robos conyugales*

Amadas hijas mías:

De los diez mandamientos que Dios hizo saber al pueblo hebreo por conducto de su Ministro de Relaciones el barbicerado Moisés, ninguno, quizá, quebrantan con sangre más fría las mujeres casadas como el séptimo que dice: *No hurtarás*.

Ruviar, Chucho el Roto, Almada y Urquijo, Vicente Sotres y toda esa pléyade, son unos pobres niños de teta junto á cualquiera esposa, en asuntos de extraer dinero ajeno con pulso firme y sangre enteramente helada!

Vosotras creéis, dignísimas señoras, que Dios entiende de bromas, ó que vuestro marido, por el hecho de serlo, deja de ser vuestro prójimo....? Ni lo uno ni lo otro. Dios dijo: "No hurtarás" y no agregó.... "sino nomás á tu marido," único caso en que podríais estar disculpadas de los latrocinios conyugales!

Porque, tened presente, que si de broma robáis á vuestros esposos, también *de broma* os ireis al *caso mocho*, y así como lo mismo duelen los hurtos de broma ó de verdad, así también, arden las quemadas en broma que en serio....

Esto lo ignoran casi todas las esposas, y es bueno que lo sepan, para que estén enteradas de con las que ganan y con las que pierden.

Es una de las múltiples transformaciones del matrimonio: muchas sílfides que cuando novias no se sienten capaces de pedir á su adorado, cinco centavos para el tranvía, en cuanto se miran cónyuges, no pueden ver el chaleco sobre la cama, ó colgado en la perilla del catre ó sobre el respaldo de una silla, sin que no sientan un deseo irresistible de disminuir un poco el peso de sus bolsillos!

«Al cabo trae mucha morralla; qué falta le vá á hacer un tostoncito.»

Esta es la reflexión que os hacéis: como si Dios no estuviera *ojo vivo*, desde el cielo, para que no os valga entrar de puntitas, aprovechando cuando el señor está en el baño ó fumándose inocentemente un cigarro en ciertos lugares recónditos....



Sí, señoras mías: ante Dios, figuráis en la misma lista que los que pueblan las Islas Marias, porque para la Justicia divina son iguales unos calzones de manta de á real que unas enaguas de seda de medio paso.

Y no solamente se llama robo el que cometéis cuando está el chaleco ó la cartera inermes y solos. No. Este lleva la agravante de considerarse como *robo en despoblado*.

Hay otro más.

Supongamos que vuestro marido os dá cinco duros de diario, para vosotros dos, cuatro hijos y dos criados: está superior!

Pues no. La familia padece crónicamente de hambre. La sopa no conoce la manteca ni por escrito. El cocido se compone de huesos, garbanzos y coles. El principio, hecho con las sobras del pan y de la tortilla. Y los frijoles son una fuente de caldo con tres ó cuatro desolados tubérculos, que para atraparlos hay que ser buzo!

¿No es este un robo, del cual son víctimas los estómagos de toda la familia?

¿No os punza el cuerpo, cuando con estos ahorros os compráis un corsé de última moda....?

¿No os remuerden los callos, cuando con semejantes economías os compráis unos cucos zapatitos de charol.....?

¿No os ladra la conciencia cada vez que entra al puerco de barro, álias alcancía, un tostón así substraído á los estómagos.....?

No, hijas mías. Todo se puede hacer sin ofender á Dios. La cuestión está en hallar el modo.

El primer día que llegue noche vuestro esposo, que han de ser varios días á la semana, haced que os encuentre bañada en lágrimas. Habladle de su disipación: de vuestro cariño: de sus promesas de novio: de vuestras decepciones de casada.... Que os dé si fuere posible un ataque, y cuando ya le veáis la cara asustada, es porque está de punto. Pedidle entonces uno.... cinco.... diez pesos y él, porque no le deis más lata, os los dará al punto!

Así tendréis dinero, agradeceréis á Dios y no figuraréis en las listas celestiales al lado de los pobladores de las Islas Marias.....

Que es lo que á todas os deseo.....



## REPARTO DE BOLETOS GRATIS.

Al escribir estas líneas, tengo sobre mi mesa una caja de puros, dos quesos frescos, una pluma fuente, una bigotera, tres almácigos de plátanos, un pañuelo con mi monograma hecho á tinta.... y no sé cuantas cosas más! ¡Es un altero!

Pues bien: todos esos son *jobsequios*! Obsequios enteramente desinteresados, según podrá ver el que no siendo ciego, se tome la molestia de seguir leyendo.

Con motivo del reparto *gratis* que he hecho de los boletos para la corrida de toros organizada por este periódico, he podido estudiar un tanto y superficialmente á la *humanidad* que rebuye y hormigüea á nuestro lado, mirando, como á través de un cristal, lo que hay de verdad y de mentira detrás del pecho de los mortales.

¡Cuántas amistades que duermen el sueño del olvido, han despertado en estos días, vívidas y afables! ¡Cuántos enojos se han disipado como por encanto! ¡Y cuántas caras serias y adustas me han sonreído con una indefinible mezcla de simpatía y de cariño!

No maliciaba yo el *cartel* que se trae uno con ésto de *repartir gratis* algo, aunque sean boletos.

Yo veía que á medida que andaban los días, mis amistades iban en creciente. Personas enteramente desconocidas me saludaban por mi nombre, y otras que antes apenas se dignaban decirme adiós, ahora, sonrientes, gozosísimas me gritan: «Adiós fulanita.»

Al fin se dió el grito de alarma de «ya se están repartiendo los boletos» y con amarga decepción pude comprender el por qué de aquella racha de simpatías y cariños que había despertado.

Hoy, cuando voy por la calle, siento no tener cuatro manos para atender á todos los saludos. Mis amigos se disputan el honor de obsequiarme: y calculo que si hubiera aceptado todas las copas que se me han ofrecido, habrían tenido que llevarme á mi casa en parihuelas!

Ayer en la noche paséaba yo por el portal y encontré á unas señoritas—de no malos bigotes—que conocí hace tiempo, no recuerdo si en Tonila ó en Nochéstlán, y que desde entonces no había vuelto á ver. En la primera vuelta me saludaron ca-



riñosísimas. En la segunda me tomó una por la mano y con voz dulce y armoniosa, me dijo casi en secreto: «¿Por qué no ha ido? ¡Tan orgulloso!» Me extrañó. No sabía dónde era su casa. . . . Pero en la tercera vuelta, con voz todavía más almibarada exclamó: «No nos olvide con los boletos»

Otro señor, de barba güera, peinado de ondas, llegó á mi despacho, y me saludó por mi nombre, como si hubiéramos sido compañeros de escuela. Y sin más ni más, me dice: «Amigo: su artículo ese del domingo: acerca de *los ricos sin cuartilla*, es la gran cosa: ese en Europa haría furor.

Lo traigo aquí, mire usted, para traducirlo al inglés. Revela usted un profundo conocimiento del corazón humano!»

Y yo, para que viera que en esto último no se engañaba, le contesté sonriendo:

—No hay más que de sol.

El de la barba güera no hallaba ya como salir.

Otros llegan: «Señor, hágame favor de anotarme una subscripción de su simpático periódico para Constancio Rubio, Ahuacatlán. Quiero que lo lea porque es el periódico más bonito de toda la República. ¿Qué tanto es por 3 meses?—Cincuenta centavos, contesto humildemente.—Y mientras saca el dinero del bolsillo, dice con tono distraído: «Hombre, no tuviera usted por ahí unos *diez y ocho boletos de sombra*. . . .?»

Ayer fué un comerciante. Para abreviar, le pregunté: ¿Cuántos deseaba usted?

—No señor, dice él sonriendo. Mi negocio es otro.—Y sentándose en el sofá, añade:

—Cuanto me cuesta el millar de *Jabones de Leche de Burra*. . . . ?

—A razón de \$ 48.—grueza, contesté sin interés, adivinando el final do todo.

—Muy bien. Pues he enviado unas muestras á Chilpancingo y lo he recomendado mucho. Creo que se hará algo. Ese es el gran jabón, amigo. Yo tenía una criada á quien le decíamos *la panocha*: se lavó con su «Jabón de leche de Burra» y hoy le decimos. . . . *la espuma*, por tan blanca que está. . . . Me voy: tan luego como me contesten de Chilpancingo volveré por acá. . . . Y mientras me estrechaba la mano, díjome con voz firme:

—Tendría usted inconveniente en obsequiarme «nada más quince boletos de sombra. . . .?»

\*

En fin, señores: me han tocado todas las fibras delicadas del alma. Unos me preguntaban *quien me hace mi ropa*, dándome á entender que está muy bien cortada.

Otros, que cómo hago para ser tan ocurrente.

Algunos me han hecho observar que *para mi edad* he he-

cho ya mucho en el terreno de la vida. . . . Por supuesto que no saben ni cuantos años tengo!

Ayer iba por la calle un charro, de cuerpo muy flaco, con un sombrero tremendamente ancho de faldas. Me acompañaban cuatro ó seis amigos. Al ver aquel descomunal sombrero se me ocurrió decir:

—¡Caramba! Ese charro parece paraguas!

¡Nunca lo hubiera dicho! Les ha acometido tal ataque de risa, que todos se hacían rosca, teniéndose el estómago y carcajeándose! ¡«Paraguas! ¡qué chistoso!» y soltaban unas carcajadas que se oían á dos cuadras!

\*

Lo único que siento, es que cuando la fiesta haya pasado han de decir:

—Hombre, ¿no conoces al que escribe «EL KASKABEL»?

Y el interpelado contestará:

—Sí: es un infeliz muchacho que á veces viene al portal!





## LOS QUE SE ESTABLECEN.

Es cosa muy humana y archinatural, que cuando un dependiente anda pedaleándole á la bicicleta bajo el sol quemador del medio día; ó cuando se está en la Etación hasta las 4 p. m., sin comer, descargando un carro de maíz; ó bien cuando oye las once de la noche tras el mostrador, obligado por el Jefe á contar los centavos de chía, piloncillos de panocha ó metros de revencillo que hay en la trastienda: natural es, digo, que en estas miseras circunstancias, piense en la libertad, en sacudir el yugo, en trabajar por cuenta propia, en establecerse.

Y el fermento de esta idea, más noble que un marqués sin título, los hace ahorrar dinero de su sueldo, para ver al fin coronados sus esfuerzos y contemplarse de Jefes, libres como pájaros y soberanos como reyes... de baraja.

Se juntan generalmente dos amigos: toman un localito: lo mandan pintar: instalan dos focos de luz: se compran un escritorio, y á renglón seguido reparten sus circulares:

### «PELAEZ, PELON Y CIA.»

comerciantes en todos los ramos del humano lucro, desde compra de boletas de empeño hasta venta de cereales, alcoholes y maquinaria eléctrica.

Principian los trabajos. Es decir los «trabajos» para trabajar, porque no hay un solo cliente. Los dos socios (pues no existe tal «y compañía») se pasan los días sentados, fumando cigarros y esperando el santo advenimiento.

El Sr. Pelaez suele decir á su socio con dulzura:

—Hombre Pelaez, hazme favor de ir al Correo... por la correspondencia.

Y en el seno de la intimidad, contesta el Sr. Pelaez con ingenua franqueza:

—¡Van cinco días seguidos que voy, y nada! Es vuelta de balde! Iré el sábado.

Entre tanto, la renta corre y el estómago come, con detri-

mento de los «quinientos pesos» de capital social. Los clientes no aparecen.

Un día llega el Sr. Pelón con un rollo bajo el brazo. El socio dice para sus adentros: ¡El primer negocio! Y espera, con aspecto de verdadero comerciante, que su socio le consulte acerca de aquella transacción.

¿Será el plano de una mina que les confían para que la negocien? ¿Será el testimonio notarial del PODER que les confiere alguna importante negociación...?

Al fin el señor Pelón, callado, misterioso, sube en una silla, saca de la bolsa unas tachuelas y una piedra, y frente á la puerta de entrada clava el misterioso rollo, que no era otra cosa que una cartulina:

«SEA UD. BREVE, PORQUE ESTOY MUY OCUPADO»

Y á la interrogación que con los ojos le hace su socio, contesta él:

—Verás como esto atrae clientela.....!

\*

Lo cierto es que ésta no llega y ambos Jefes, que han sacudido el yugo, que libres y soberanos trabajan por su cuenta, sienten envidia cuando ven á algún dependiente que á paso ligero anda en el desempeño de su empleo. Pero no se lo confiesan, por pudor, por vergüenza.

Cierto día, al caer la tarde, Pelaez dice á su socio:

—¿No te parece que debemos tener un dependiente...?

—¿Por el mucho trabajo...? contesta Pelón con burla.

—No es eso. Un dependiente VISTE mucho. Da seriedad y aspecto á la casa. Así podremos salir en busca de negocios.

—Pero el sueldo, significará para nosotros un fuerte gasto.

—Pondremos una señorita. Con ocho pesos mensuales estemos al otro lado.

Y el joven Pelón, al oír el mágico nombre de SEÑORITA y considerar la triste soledad en que pasan ahí las cansadas horas, acepta con gusto la idea. ¡Una señorita! Ya cambia de aspecto. Entonces hablan con entusiasmo. Es el primer NEGOCIO que se trata entre aquellas cuatro paredes, acostumbradas al silencio.

Ambos están de acuerdo en que la SEÑORITA deberá ser, si no bella, cuando menos graciosa, para atraer clientela. Pasan revista á sus amigos de barrio.

Ponen un anuncio y comienzan á caer las solicitantes.

Una no es suficientemente blanca: la otra tiene los ojos café, mejor serían negros: aquella calza muy grande: ésta tiene feo cuerpo.....



Al fin quedan de acuerdo. Laura Mirillas es la agraciada: Una morena de porte altivo, de grandes ojos rasgados, de labios bermejos, pero que aparte de escribir HAMOR con H. y CAJÓN con G. tiene una forma de letra que no le entiende ni su madre.....!

Mas ¡qué importa!

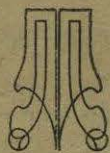
¡Allí ha entrado la alegría! Qué le hace! Los socios no salen del despacho y se van desde las dos de la tarde y desde las siete de la mañana, quariéndose aventajar uno al otro.

Pelaez, que es un lince para esto del amor, el primer día le saluda «Señorita Laura». El segundo día: «Laurita». El tercero: «Lauriona». Y en este diapasón de familiaridades que va en CRECENDO, natural es que se llegue al DO DE PECHO!

Ya no hay negocios, ni hay nada.

A los cuatro meses les embargan escritorio, prensa de copiar, sillas etc, y los lanzan de la casa.

Y la razón social de PELAEZ PELON Y CIA, acaba á trompadas en la calle del Gorrión, al pié de una ventana sin rejas, por donde asoma una morena de porte altivo, de grandes ojos rasgados y de labios bermejos.....!



## ENOJOS DE NOVIOS.

“Hazme favor de mandarme mis cosas.”

Algún sabio de manajo definía el noviazgo—y entiendo que en otra ocasión lo he dicho ya,—como “la más barata de las diversiones.” Hay que agregar que no solo es la más barata, sino acaso una de las más bonitas, higiénicas, morales y agradables.

Sin más gasto que el natural de las zuelas de los zapatos, más ó menos grande según la distancia que separe la propia casa de la del bien amado, se pasa uno dulces dos horas de amena plática, sin pensar en las tandas, sin acordarse del billar, sin preocuparse del bacarat, ni de otras muchas cosas que por prudencia callo.

Pero nada hay tal vez más hermoso en los noviazgos que los enojos, esos preciosísimos corajes que suelen hacer las niñas, sin qué ni por qué, y solo por saborear la amargura de sus lágrimas junto á la dulce emoción de ver que su novio, cariñoso y suplicante, las enjuga con propia mano.

Un noviazgo sin enojos es como un platillo sin sal. Es insulso y acaba por fastidiarnos horribilmente. Por esto es que la mujer, instintivamente y sin advertirlo, va codimentando esa sabrosa ensalada que se llama amor. Cierta es que á veces suele «cargarle» demasiada «sal», . . . y entonces la cosa se echa á perder; pero, en fin: ese es el riesgo.

Nada se necesita para que la novia se enoje.

Cierta día, por ejemplo, llega él muy contento y bromista, y más temprano que de costumbre:

—Qué sucede, mi reina. ¿Cómo te va? Carambola, muchos días de estos! ¡Te has bañado! Y á que ha sido con jabón de leche de burra.....! Te veo más blanca.... Hasta los ojos se te ven más lindos.

Ella, que más sería que un gendarme dirige la vista hacia el noroeste, le contesta:

—Te advierto que no siempre está el palo para cucharas. . .

—Ah Dios! Pero qué tienes? A pocc estás enojada! ¿Qué te han hecho?



—No me tienes tan contenta... (Una pausa, durante la cual, una lágrima asoma al ojo izquierdo.) Muy bien sabes que no me gusta que te andes juntando con la flaca esa que parece escoba... Pero lo haces de intento. Ya me enfadé de que te estés divirtiendo conmigo. Así es que me haces favor de mandarme mis cosas y aquí están las tuyas... Buenas noches.

Y tras de un fuerte golpe de la ventana, el antes alegre y bromista novio se queda *de á seis*, sin más compañía que un terrible envoltorio, amarrado con cáñamo, donde están sus cartas, flores y regalos.

Si *él* es afecto al líquido, lo primero que hace es suspirar, y luego ir al tendajón del «Desengaño» y pedirse un cuarto de tequila y una cerveza sencilla por vía de botana...! Esto es lo que se llama ahogar las penas, lo cual, casi siempre, termina en comisaría.

O bien, resignado con su suerte, pensando que acaso aquella ingrata ama á otro hombre, va á arrullar su dolor y su desengaño bajo el zarape colorado de su cama de soltero...

¿Ustedes creen que aquella escena semitrágica es el final de esos amores? Pues nada.

Al siguiente día, cuando *él* va á llevarle en una caja, atada con un listón azul, *sus cosas*, le dice casi llorando:

—Y conste, María, que eres muy ingrata conmigo. Yo bien sé que todo esto es pretexto. Amas á otro. Pero sábetelo que te he querido con todo mi corazón y que no te olvidaré nunca. (Las últimas palabras las pronuncia ya muy *mormado*, síntoma de lágrimas).

Y María, á quien se le ha ablandado el corazón mismamente que si fuera de chicle, le contesta:

—Te engañas, Jeremías. A tí te he querido y te quiero siempre. Pero ¿por qué eres tan malo? ¿por qué me haces sufrir?

—Te juro que no volveré á suceder, ¿Donde iba á cambiarte á tí, mi reina, por esa que, como tú dices, parece *escoba*?

—Me lo juras, güerito?

—Te lo juro hijita...!

Este azucarado diálogo sigue en creciente y diez minutos después, ella le arregla cariñosamente el nudo de la corbata, mientras él pretende cortarle un rizo de su pelo en prueba de amor.....

¡La tormenta se ha disipado!

Y las estrellas sonrían en los cielos, como si estuvieran acostumbradas á presenciar estas dulces comedias de amor.



## LOS INCENDIOS.

—Qué, ¿no llora la virgen?.....

—¡Pasen, muchachas, pasen! Mamá, aquí están las Perales! Pasen por el zaguán.

Las muchachas Perales, —que son dos frescachonas que andan entre los 15 y los 20, ojos de azabache, labios de granada y uno que otro lunar que no se sabe si es obra de Dios ó del corcho quemado, —no han podido pasarse el viernes de dolores sin ir á los incendios.

—Mira, papá, que linda luna! Vamos nomás á casa de Chonita, que tiene insignias vivas, y luego nos volvemos.

Y el papá y la mamá; que son un par de viejitos que no saben decir *no* á lo que sus sabrosas hijas dicen *sí*, mueven la cabeza, se *empinan* el chocolate y provistos de sus arreos de calle salen tras de ellas.

Por supuesto que no vayan ustedes á creer que era el *incendio* de Chonita, ni menos las insignias vivas —que es una reverenda mentira, —lo que las llevaba. No.

Era Melgarejo que escondido en la sombra de un matorral del Jardín de S. Francisco esperaba su paso para *pegárseles*. Este diablo de Melgarejo, que se traía á tres ó cuatro al *retortero*, había cautivado el corazón de Lola, —la más chica de las dos Perales, —y por él habían dejado plantado á un dependiente de "*La Flor de Mayo*".

Además, Lupe, —la mayor, —sabía muy bien que Luis acostumbraba ir al incendio de Chonita. Allí lo vería y se contentarían de nuevo.

\*

Cuando las dos guapas morenas, frescas y apetitosas como dos tajadas de sandía, se presentaron en la casa, hubo un movimiento general. Los pollos, dándola de atentos y educados, corrían con sus sillas para ofrecerles asiento.

Las muchachas feas las medían de arriba á abajo y se decían en secreto: "*Fíjate qué tacones*" "*Mira qué peinado*".

Mientras que las *niñas* de la casa saludaban á besos, dando la muñeca porque traían húmedas las manos. Estaban hacien-



do la *horchata* que iba á llorar la Virgen, provistas de sus blancos delantales.

—¿Y tu mamá, y tu papá?

—Por ahí vienen también, no han de tardar.

¡No han de tardar! Si desde que se les juntó Melgarejo tomaron un trote tan tupido que hasta los perdieron de vista!

—Ay! Tu altar está primoroso, Chonita.

En efecto, en medio de un derroche de luz y de macetas, con palmas y flores, ostenta en lo alto su cara acongojada la *Dolorosa*, con las manos juntas, la mirada hacia arriba como si fuera á romper en llanto.

Pero no hay uno solo que hable de la angustia de la Virgen. Todos rien hablan y gritan. Las Perales se han ido para dentro, dizque á ayudar á las muchachas, y á poco ha desaparecido misteriosamente Melgarejo, sin que se sepa á donde fué, por más que llevaba el rumbo de la cocina.

Los viejos recuerdan sus tiempos pasados y las muchachas *quedadonas* se remueven en la silla: quieren irse porque no hay quién les haga caso.

—Espérense, si lloró la Virgen! Ya no tarda!

A poco rato aparecen las muchachas, alegres y sonrientes, con sendas charolas con vasos de agua fresca! Son lágrimas de la Virgen.

Todos las reciben con agrado y las apuran sedientos y gustosos, sin advertir acaso que mañana, sus propias amarguras serán también causa de ajenas alegrías!

Melgarejo, que acaba también de llegar de por allá dentro, se acerca á la morena Lola y le dice quedo, guiñándole el ojo:

—Vamos allá, que quiero que me des *otro!*

Y ella contesta con graciosa malicia:

—¡Ya no hay *de piña!*

—Pues aunque sea de *horchata!*

Y la inocente mamá, creyendo que lo que le pide el pícaro Melgarejo es otro vaso de agua, le dice á Lola:

—Anda y dale otro á Melgarejo; no seas tacaña!



## LOS BEMOLES DEL PERIODISMO.

Muchos creen que el periodismo es el famoso *huevo juanelo*, y que todo consiste en sacarle punta á un lápiz, sentarse en una silla, echarse sobre una mesa y garrapatear cuartillas de papel!

¡Ojalá así fuera! Pero no: tiene sus bemoles, y casi estoy por decir á ustedes que es aquello de "si ensartas pierdes, y si no, ya perdiste."

Supongan ustedes que el periodista se propone escribir un periódico alegre, humorístico, en el cual, con la fusta de la sátira, quiere ridiculizar y corregir vicios y costumbres: dicen, entonces, que el periodista aquel no es más que un payaso, un bufón, irrespetuoso, que de todo se burla, y que no merece ni siquiera el nombre de periodista!

Si por el contrario escribe un periódico serio, meditado, tratando asuntos de trascendencia y de interés: si procura instruir al pueblo, discutir problemas sociales ó políticos... «Es un fátuo, petulante, ridículo,—dicen,—que la quiere dar de maestro cuando no tiene ni siquiera rudimentos de lo que escribe. Su estilo doctoral, hinchado, revela luego quién es el sujeto. No busca el público en el periódico cátedras ni sermones: busca noticias y cosas que le distraigan».

¿Cómo escribir entonces? ¿En serio ó en broma?

Supongamos ahora que el periodista, creyéndolo un deber, ataca al gobierno, censura sus actos y señala el remedio... «Lo que busca es que le tapen la boca: que le den dinero,—exclaman. Si le dieran una subvención, ya verían como no chistaba media palabra.»

Y demos el caso en que, por el contrario, aplauda los actos de un Gobernante, aclare cuestiones que la mala fé ó la torpeza han desfigurado, y que por convicción se declare partidario de los que están arriba... «Ya le dieron dinero,—murmuran. ¡Y le dieron tanto! Claro! si son unos vendidos. ¡Qué convicciones, ni qué conciencia, ni qué un demonio!»

¿Qué ser, en este caso? ¿Oposicionista, ó gobiernista?

Que aplaude usted á un rico por algo digno de encomio, «Le va á pedir prestado!»



Que les echa la viga á los ricos, por algo que se la merecen:  
"Socialista rabioso, como todos los desarrapados!"

¿Cuándo, pues, atina usted, mereciendo el elogio de todos?  
Que sigue usted la opinión pública en algún asunto de interés general: "Es un fonógrafo: todo esto que escribe es exactamente lo que se dice."

Que opina en contra de la generalidad. «O es un bruto ó ya lo compraron».

Que elogia á una artista por su hermosura ó por su talento: «Le hace la corte».

Que la censura, siendo bonita: «Es despecho: la cortejó y salió corrido!»

¿Cuándo, pues, cuando, con mil diablos, podrá atinarla el periodista.....?

Lo invitan á usted á un banquete. Si elogia los platillos: «Claro: si en su casa no come mas que frijoles y sopa de fideo».

Que no dice ni media palabra: «Malagradecido: después de que lo convidan!»

Y viene después lo relativo á los consejeros, que son los más peligrosos para los periodistas.

Yo creo que en el periodismo es difícil saber escribir: pero es más difícil saber *qué cosas no se deben escribir*. Al periodista le es muy útil un *lápiz*; pero le es más útil un *borrador*.

A menudo suelen decir al oído:

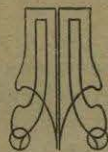
—«Cárguele duro al gobierno. Va usted muy bien. Todos dicen que es usted un valiente. Eso es lo que se necesita».

Y cuando el periodista se cree, se desboca y va á dar á la cárcel, se contentan con decir:

«¡Pobre amigo! Es muy tonto: se le fueron los piés!»

No creais, pues, lectores de á centavo, que es cosa tan sencilla ser periodista! (111111)

Lo dicho: ¡si ensarta uno, pierde, y si no,....ya perdió!



## LA PRIMERA NOVIA.

Todos llevamos acá dentro, en el relicario del alma, ó sea, la trastienda del corazón, un montón más ó menos grande de recuerdos gratos, de los cuales echamos mano en las horas de angustia y de pesar. Son á manera del lastre: cuando el mont-golfier baja, y casi toca á tierra, echamos fuera esas añoranzas, como diría un poeta, para que suba nuevamente.

¡La primera novia! Con solo decirlo se escapa un suspiro!

Porque este capítulo de nuestra vida,—según general creencia,—ha de ser poético, sentimental. Una historia romántica, con diálogos amorosos bajo los rosales de un jardín: *estrechones* fugaces de manos que tiemblan: promesas, juramentos, lágrimas.....

Y no me encuentran un solo hombre, por feo que sea, que no relate eso de su *primera novia*, con los colores más poéticos.

No hay uno que haya tenido una *primera novia* fea. ¡Que esperanzas!

O bien son rubias, de pelo ensortijado y ojos de mosaico, ó morenas perla, de cuerpo gentil, cabellera de azabache y labios ardientes y rojos.

Nunca he encontrado un hombre que diga que su primera novia era tuerta: ó que era trigueña, color de chocolate: ó que tenía la nariz de alcayata: ó que la boca era un puente colgante de oreja á oreja....! ¡No, eso, cuándo!

¿Son en efecto, todas las primeras novias portentosas de hermosura?

No. Es que la fantasía de cada cual se encarga de dar colorido á ese pasaje de la vida, impregnado de todos los recuerdos de la juventud, y que por ese solo hecho nos parece hermoso.

«Todo es según el color del cristal á través del cual se mira», dijo,—pelo más, pelo menos—el pobre Campoamor. Y es rete cierto.

Nada hay más cursi que esas amorosísimas cartas dirigidas á la primera novia, cuajadas de ridícula zalamería, y que el novio cree que son un encanto y una delicia:

«Pichoncito mío.» «Virgencita de mi alma.» «Querube de mis noches sin sueño.» «Dulce néctar del amor».....